CONGRESO Y ASAMBLEA DE LA CMIS

¿QUÉ PROFECÍA DE ESPERANZA EN EL CORAZÓN DEL MUNDO?

Madrid, 18-22 agosto 2026

VIVIR DESDE DENTRO

Vuestro lugar es «estar dentro», como presencia transformadora en el sentido evangélico. (Papa Francisco, 23 de octubre de 2017)

1. Introducción

En la encíclica Magnifica humanitas, el papa León XIV escribe:

> *… el diálogo con el mundo no es para la Iglesia una opción táctica, sino una forma concreta de su misión, porque el Evangelio, como levadura, puede transformar desde dentro las estructuras de la convivencia y abrir caminos hacia una mayor humanidad*.[1]

Creo que este pasaje tiene mucho que decirnos hoy, al adentrarnos en el tiempo de la Asamblea de la CMIS. Los Institutos Seculares pueden reconocer en estas palabras del Pontífice muchos rasgos de su ser y de su actuar, en la Iglesia, para la transformación del mundo desde dentro, de modo que el Evangelio vivido fermente en el corazón de las personas, de los pueblos, de los tejidos culturales, de las estructuras de convivencia, de los paradigmas sociales, de los arquetipos y de las dinámicas que sustentan la existencia personal y colectiva, y abra caminos hacia una mayor humanidad.

Partiendo de este denso pasaje de la *Magnifica humanitas*, me gustaría compartir con vosotros algunas reflexiones sobre la consagración secular, utilizando un registro más evocador que conceptual. Nos dejaremos inspirar por algunas imágenes y palabras.

---

[1] LEÓN XIV, Carta encíclica Magnifica humanitas, Roma, 15 de mayo de 2026, n.º 34 (en adelante, MH).

2. Semilla y levadura

Dirigiéndose a los participantes en la Conferencia Mundial de los Institutos Seglares en 2022, el Papa Francisco se expresaba así:

> *Que el vuestro sea el servicio de la semilla, el servicio de la levadura, el servicio oculto y, al mismo tiempo, evidente, que sabe morir en medio de los acontecimientos —incluso eclesiales— para que estos puedan cambiar desde dentro y dar frutos de bien*.[2]

Las imágenes de la semilla y la levadura nos hablan de una pequeñez vital, capaz de hundirse en la tierra o en la masa y, de alguna manera, de activar su fuerza generativa. Se trata de imágenes muy alejadas de toda representación de autosuficiencia, de imponencia, de ostentación y de alarde. Por sí solas, la semilla y la levadura no generan vida ni alimento; con gusto se anidan en la tierra o en la masa, y es allí, en el interior, en lo oculto, donde tiene lugar la fecunda unión entre sus fuerzas vitales y las de la matriz que los ha acogido, y algo nuevo comienza a crecer. La dinámica del Reino encuentra su representación luminosa precisamente en estos procesos humildes, animados por una energía apacible, fiel y paciente, como el Amor que transforma desde dentro.

> *Creemos en la fuerza del Reino, que se desarrolla a partir de la pequeñez de un grano de mostaza, como una semilla que, una vez sembrada, germina y crece (cf. Mc 4,26-32). Mientras el ruido de la confusión nos rodea, el bien crece en silencio desde la tierra*.[3]

En el Ángelus del 19 de julio de 2026, el papa León XIV, al comentar las parábolas del trigo bueno y la cizaña, del grano de mostaza y de la levadura en la harina (cf. Mt 13,24-43), nos recordaba que

> *Con estos relatos, Jesús nos advierte contra la tentación de pensar en Dios como una figura poderosa, que se impone por la fuerza, que ocupa el espacio para dominar, que llega de forma triunfal. Por el contrario, Dios prefiere lo pequeño, signo de su amor discreto, que nos deja libres para acogerlo o rechazarlo, que busca abrirse camino incluso en medio de la cizaña, que actúa de forma oculta e invisible como la semilla más pequeña de todas y fermenta dentro de la masa sin hacer ruido*.[4]

El Santo Padre se preocupaba por destacar que

> *Con estas parábolas, Jesús nos dice algo importante sobre la forma en que*

---

[2] FRANCISCO, Discurso a los participantes en el encuentro promovido por la Conferencia Mundial de Institutos Seculares (CMIS), Vaticano, 25 de agosto de 2022.
[3] *MH*, n. 210.
[4] LEÓN XIV, Ángelus, Castel Gandolfo, 19 de julio de 2026.

> *Dios actúa en nuestra vida y en la historia. A veces esperamos algo espectacular, deseamos un Dios que intervenga desde lo alto arrancando de inmediato la cizaña del mal. Imaginamos a un Dios fuerte y poderoso y, lamentablemente, a esta imagen adaptamos también nuestra forma de ser cristianos y de ser Iglesia. En cambio, el Reino de Dios se extiende incluso en medio de la cizaña y nos pide una mirada capaz de percibir el bien que brota incluso entre las tinieblas del mal, sin juzgarlo todo de inmediato; viene como la más pequeña de las semillas y, por tanto, exige la paciencia de saber acompañar los procesos, reconociéndolo en la pequeñez de lo cotidiano y en la sencillez de la vida ordinaria; crece de manera invisible, como la levadura en la harina, y así nos libera del desánimo y nos invita a tener confianza incluso cuando nos parece que Dios está ausente. Porque, en realidad, Él nos acompaña siempre y su amor está siempre actuando por nosotros. Este estilo de Dios debe convertirse también en la forma en que, tanto como individuos como Iglesia, vivimos la realidad que nos rodea. Estamos llamados a adoptar un estilo evangélico, sin oponernos precipitadamente con juicios arrogantes, sin imponernos con el poder y la fuerza, sin perder la confianza en la obra de Dios. Se trata —decía el entonces cardenal Ratzinger— de someternos a la lógica de la semilla, que no es la del éxito ni de la grandeza, sino que nos pide que nos hagamos pequeños y que sirvamos a la vida de las personas* (cf. Discurso en el Encuentro de catequistas y profesores de religión, 10 de diciembre de 2000). *De este modo, nosotros mismos nos convertiremos en una pequeña semilla del Evangelio que germina y en una levadura de amor que transforma la masa del mundo*.[5]

La consagración secular se convierte en un lugar vital en el que la lógica de la semilla, que se hace realidad en existencias que brotan como un pequeño grano de mostaza y hacen crecer la vida como la levadura en la masa del mundo, recuerda a la Iglesia el estilo de Dios, el estilo del Evangelio, el estilo de Jesús, Verbo hecho carne, nacido de una mujer, Dios con nosotros.

3. Adentro e hasta el fondo

En la Carta «Consagración y secularidad», publicada por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica en 2017, leemos:

> *En la vida no existe un espacio para lo sagrado y otro para lo profano, un tiempo para Dios y otro para los acontecimientos, grandes y pequeños, de la historia. El mundo y la historia son historia de salvación, por lo que los miembros de los institutos viven como contemplativos en el mundo, junto a cada persona, con simpatía y en medio de cada acontecimiento, con la confianza y la esperanza que se derivan de una relación fundamental con el Dios de la historia. Por eso, permanecer en el mundo es fruto de una elección, una respuesta a una llamada específica: es asumir esta dimensión de estar*

[5] Ibidem.

dentro, de estar junto a, de mirar al mundo como una realidad teológica, en la que se entrelazan la dimensión histórica y la dimensión escatológica. Esto requiere un notable desarrollo de esa cualidad humana, tan proclamada hoy en día, que es la capacidad de com-participación. Una «com-participación» responsable y generosa, que podríamos definir, con una expresión más sencilla, como la capacidad ***de vivir «dentro»****:*

- *Dentro del corazón […]*
- *Dentro de la casa […]*
- *Dentro de las estructuras […]*
- *Dentro de las situaciones […]*
- *Dentro de la historia […]*[6]

3.1 Hasta las raíces

Me gustaría explorar aquí brevemente con vosotros un aspecto concreto de este «vivir en el mundo», que tiene que ver especialmente con la evangelización.

En la *Evangelii Nuntiandi* se lee:

> *Los laicos, a quienes su vocación específica sitúa en medio del mundo y al frente de las más diversas tareas temporales, deben ejercer con ello mismo una forma singular de evangelización.*
> *Su tarea principal e inmediata no es la constitución y el desarrollo de la comunidad eclesial —que es el papel específico de los pastores—, sino la puesta en práctica de todas las posibilidades cristianas y evangélicas ocultas, pero ya presentes y operantes en las realidades del mundo. El ámbito propio de su actividad evangelizadora es el vasto y complejo mundo de la política, de la realidad social y de la economía; así como también el de la cultura, las ciencias y las artes, la vida internacional y los medios de comunicación social*.[7]

En su discurso ante el Consejo Ejecutivo de la Conferencia Mundial de Institutos Seculares, el 25 de agosto de 1976, San Pablo VI había afirmado explícitamente que los Institutos Seculares deben sentir que este párrafo de la *Evangelli Nuntiandi* también se dirige a ellos.[8]

Creo que la referencia a «la puesta en práctica de todas las posibilidades

---

[6] CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, Consagración y Secularidad. Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre los institutos seculares, Vaticano, 4 de junio de 2017, n.º 3. El texto en negrita es nuestro.

[7] SAN PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, Vaticano 8 diciembre 1975, n. 70 (en adelante *EN*).

[8] SAN PABLO VI, *Discours au Conseil exécutif de la Conférence Mondiale des Instituts Séculiers*, Vaticano 25 agosto1976. Cfr. anche CONGREGAZIONE PER GLI ISTITUTI DI VITA CONSACRATA E LE SOCIETÀ DI VITA APOSTOLICA, *Consacrazione e Secolarità. Lettera ai Vescovi della Chiesa Cattolica sugli Istituti Secolari,* Vaticano 4 giugno 2017, n. 2.

cristianas y evangélicas ocultas, pero ya presentes y operantes en las realidades del mundo» merece una reflexión más profunda, también a la luz de otros contenidos de la *Evangelii Nuntiandi*.

San Pablo VI veía en la fractura entre el Evangelio y la cultura el «drama de nuestra época, como lo fue también de otras», y subrayaba que

> *es necesario evangelizar —no de manera decorativa, a modo de barniz superficial, sino de forma vital, en profundidad y hasta las raíces— la cultura y las culturas del hombre […], partiendo siempre de la persona y volviendo siempre a las relaciones de las personas entre sí y con Dios*.[9]

Especificaba que

> *Evangelizar, para la Iglesia, es llevar la Buena Nueva a todos los estratos de la humanidad; es, con su influencia, transformar desde dentro, renovar a la propia humanidad: «He aquí que hago nuevas todas las cosas»*.[10]

Y continuaba:

> *Las capas de la humanidad que se transforman: para la Iglesia no se trata solo de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más amplias o a poblaciones cada vez más numerosas, sino también de alcanzar y casi trastocar, mediante la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de la salvación*.[11]

Detengámonos un momento en nuestra comprensión del término «cultura». El concepto en sí mismo, de origen antropológico, no tiene una única definición, ha cambiado con el paso del tiempo y puede analizarse desde una miríada de perspectivas diferentes. La hermana Adriana Milmanda, SSpS, propone utilizar la siguiente:

> *Forma de vida de un grupo de personas —comportamientos, creencias, valores y símbolos— que aceptan, generalmente sin darse cuenta, y que se transmiten a través de la comunicación y la imitación de una generación a otra*.[12]

Según la definición del Concilio Vaticano II,

> *Con el término genérico de «cultura» se quieren indicar todos aquellos medios*

---

[9] *EN*, n. 20.
[10] *EN*, n.18.
[11] *EN*, n. 19.
[12] A.C. MILMANDA, La vida intercultural come signo de esperanza profética, Conferencia impartida a la Asamblea de las superioras generales (UISG), Roma 6-10 maggio 2019, p. 4.

con los que el hombre perfecciona y desarrolla las múltiples capacidades de su alma y de su cuerpo; procura someter a su dominio el propio cosmos mediante el conocimiento y el trabajo; humaniza la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, a través del progreso de las costumbres y las instituciones; por último, con el paso del tiempo, expresa, comunica y conserva en sus obras las grandes experiencias y aspiraciones espirituales, para que puedan servir al progreso de muchos, es más, de toda la humanidad. En consecuencia, la cultura presenta necesariamente un aspecto histórico y social, y el término «cultura» adquiere a menudo un significado sociológico y etnológico.[13]

Me parece útil citar también la definición de Carrier, más detallada, que trata de comprender y ampliar lo que transmiten otras definiciones:

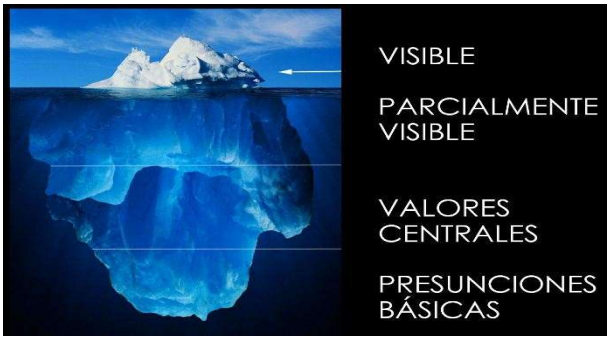
La cultura es todo el entorno humanizado por un grupo, es decir, su forma de comprender el mundo, de percibir al ser humano y su destino, de divertirse, de expresarse a través de las artes y de transformar la naturaleza mediante técnicas e inventos. La cultura es el producto del genio del hombre, entendido en su sentido más amplio; es la matriz psicosocial que crea, consciente e inconscientemente, una colectividad: es su marco de interpretación de la vida y del universo; es su propia representación del pasado y su proyecto de futuro, sus instituciones y sus creaciones típicas, sus costumbres y sus creencias, su forma original de comunicarse, de producir e intercambiar bienes, de celebrar, de crear obras que revelan su alma y sus valores íntimos. La cultura es la mentalidad típica que adquiere cada individuo al identificarse con una colectividad; es el patrimonio humano transmitido de generación en generación. […] Al ser un fenómeno de psicología colectiva, conlleva una gran parte de inconsciente, aspectos que los observadores externos a menudo pueden percibir con mayor agudeza que los miembros del grupo observado.[14]

Un aspecto significativo que se desprende de las distintas definiciones es que la cultura no es un conjunto amorfo de costumbres, valores, instituciones y técnicas, sino un todo unitario, una estructura con su propia lógica y dinámica interna, que se expresa y da razón de ser a la forma de estar en el mundo de un pueblo o grupo social determinado, desde la interpretación del universo y de la vida hasta los usos y técnicas que caracterizan la vida individual y social cotidiana. Son estas estructuras y dinámicas internas, que también se expresan en las instituciones y organizaciones externas, las que, a efectos de nuestro análisis, es imprescindible tener en cuenta.

Conocer la cultura es muy difícil. Para ilustrar esta dificultad, se suele comparar la cultura con un iceberg, cuya superficie solo se ve en un 10 %, mientras que el 90 % se encuentra bajo el agua. Del mismo modo, los

[13] CONCILIO VATICANO II, Constitución *Gaudium et spes***,** Roma 1965, n. 53 (en adelante *GS*).
[14] H. CARRIER, *Dizionario della cultura per l'analisi culturale e l'inculturazione,* Città del Vaticano 1997*,* p. 122.

elementos materiales de toda cultura (como la vestimenta y la gastronomía típicas, los objetos artesanales tradicionales, las danzas, etc.) constituyen ese 10 % que podemos ver, sentir, oír, oler y nombrar con facilidad. En el 90 % restante, que corresponde a los elementos inmateriales, podemos distinguir, a su vez, tres niveles: un primer nivel parcialmente visible al que podemos acceder cuando lo buscamos de forma intencionada (lo que hay detrás del lenguaje, los estilos comunicativos, los estilos de liderazgo, de resolución de conflictos, etc.), un segundo nivel (el de los valores centrales) al que podemos acceder con gran dificultad e introspección, y un tercer nivel (el de los supuestos básicos), que es tan profundo e inconsciente que no podemos conocerlo realmente: es lo que consideramos «normal», «lo que se da por sentado».[15]



Ahora bien, evangelizar «**de manera vital, en profundidad y hasta las raíces** de la cultura y las culturas»[16] significa, por tanto, llegar a los criterios, valores, puntos de interés, líneas de pensamiento, fuentes de inspiración y modelos de vida; es decir, a las estructuras y dinámicas culturales internas, encarnadas en cada persona concreta y en el pueblo, y expresadas también en las estructuras sociales y relacionales:

Todas las culturas se caracterizan por mitos, metáforas y valores básicos particulares. El crecimiento y el cambio se producen cuando, a través de la reflexión y las intuiciones, las metáforas esenciales que dirigen la vida emocional, relacional y moral se llevan al plano consciente y se replantean o se sustituyen por metáforas nuevas, más comprensivas y más liberadoras. Nuestras historias dan forma a nuestra vida y solo nuevas historias o viejas historias renovadas pueden volver a dar forma a nuestro vivir. El misterio pascual de Cristo, su muerte sacrificial por la vida de los demás, debe convertirse en una metáfora central que desafíe la división y la exclusividad, en una comunidad intercultural.[17]

---

[15] A.C. MILMANDA, *La vita interculturale come segno di speranza profetica,* Conferencia impartida en la Asamblea Plenaria de la Unión Internacional de las Superioras Generales (UISG), Roma 6-10 de mayo de 2019, p. 5.

[16] *EN*, n. 20. En negrita, añadido por nosotros.

[17] F. HOARE, «Il processo interculturale e la formazione di comunità cristiane», en F. IMODA, ed., *Antropologia interdisciplinare e formazione,* Bologna 1997, p. 538.

Lo que dice Hoare sobre la formación de comunidades interculturales puede aplicarse también a la evangelización de la cultura. Llegar a los valores fundamentales del pueblo, a los mitos y a las metáforas fundamentales no es una cuestión de técnica ni tampoco solo de convivencia. Es, ante todo, un don del Otro y del otro, que pueden o no invitar al evangelizador a dar un paso más allá del umbral del conocimiento superficial de los usos, costumbres y técnicas para acceder al corazón vital de la identidad del pueblo. Y es también tarea del evangelizador quien, consciente de su propia ignorancia sobre el mundo del otro, con humildad, gratitud, asombro y deseo de aprender, puede aceptar la invitación del otro a entrar en su casa, a «adentrarse» hasta las raíces vitales, hasta los cimientos de su «hogar». Ahora bien, acercarse con respeto y empatía a las dinámicas vitales de una cultura requiere también una sensibilidad antropológica y espiritual que resulta más fácil de adquirir si existe cierta familiaridad con lo humano y lo divino, y si el evangelizador está dispuesto a sumergirse en el mundo del otro, a sentir con el otro, a profundizar hasta las raíces vitales de las culturas, a través de la escucha, el respeto, la empatía y la participación, acompañadas de un auténtico discernimiento espiritual.

3.2. En medio del conflicto

Antes de viajar a Tierra Santa el pasado mes de junio, para visitar a los consagrados y consagradas presentes en esa tierra bendita y lacerada, quise leer la carta que el cardenal Pierbattista Pizzaballa, patriarca de Jerusalén de los latinos, dirigió a su diócesis el 25 de abril de 2026. *«Regresaron a Jerusalén con gran alegría»* es el título de esta espléndida, intensa y dolorosa meditación, rebosante de lúcido realismo, de esperanza evangélica, del amor de un verdadero pastor que permanece hasta el final junto a su rebaño, vive sus sufrimientos y alegrías en carne propia y en su corazón, comparte sus fatigas, las preguntas y las perplejidades, y las pone en diálogo con la fe humilde y sincera de quien no pretende tener todas las respuestas, sino que se entrega a Dios con plena confianza. La lectura y la meditación de esa carta me han hecho mucho bien. La he acogido en mi corazón no solo como una ayuda preciosa para prepararme para el viaje a Tierra Santa, sino también como una luz para interpretar, desde una perspectiva evangélica, la lógica divisiva del conflicto, de la violencia, de la polarización y del mal que recorre no solo las zonas de guerra declarada, sino también ciertas dinámicas internacionales, sociales, comunitarias, interpersonales e intrapersonales que, con demasiada frecuencia, nos vemos obligados a vivir y que, poco después, la encíclica *Magnifica humanitas* habría profundizado.

La Carta no se detiene tanto en análisis sociopolíticos, sino que se articula en torno a una pregunta, clara y profunda:

> *¿cómo comportarnos como cristianos, en tanto que asamblea eclesial, en esta situación de conflicto —político, militar, espiritual— que sabemos que durará aún muchos años? Este conflicto forma ya parte integrante de la vida eclesial, de la existencia cotidiana de cada uno de nosotros. Por desgracia, ya forma parte de la cultura de esta tierra. No es, por tanto, un momento que haya que superar, sino el lugar en el que nuestra Iglesia está llamada a poner en práctica su misión específica como comunidad de creyentes en Cristo. En esta tierra donde las fronteras identitarias están tan marcadas, nuestro ser cristianos debe convertirse en testimonio de una forma particular de vivir incluso en medio de la contienda y debe encontrar una expresión visible y reconocible en lo que decimos y hacemos. Estamos llamados a ofrecer una interpretación de la época actual desde una perspectiva cristiana que nos distinga de forma clara y reconocible […].*
>
> *Ante este desorden, la pregunta decisiva no es cómo salir de él o cómo resolverlo, sino cómo vivirlo como creyentes, sin dejarnos absorber por su lógica y sin renunciar a la responsabilidad de un testimonio evangélico. Por eso es el momento de levantar la mirada y preguntarnos qué nos está diciendo el Señor en todo esto, dejándonos atraer por una luz que viene de lo Alto. Necesitamos contemplar el sueño de Dios para su ciudad.*[18]

¿Cómo vivir como cristianos **en medio** del conflicto, la contienda, la tensión, el desorden? ¿Cómo vivirlo como creyentes, sin dejarnos absorber por su lógica? ¿Cómo interpretamos el tiempo actual? ¿Con qué «sabiduría» leemos **desde dentro** de la historia, grande o pequeña, que vivimos, y los relatos, los paradigmas y las dinámicas que la sostienen y la mueven?

Son preguntas importantes. No solo en Tierra Santa, sino en cualquier tierra sagrada en la que nos encontremos: el país en el que vivimos, la cultura que respiramos y que fluye en nuestro interior, el entorno cotidiano, nuestro Instituto, la tierra de nuestras relaciones, la tierra de nuestro corazón, a menudo dividida por elementos que se combaten entre sí.[19]

Me gustaría aquí mencionar brevemente solo algunas ideas que nos ofrece esta Carta, invitándoos a leerla íntegramente, si aún no lo habéis hecho. Se trata, en efecto, de un texto que, por su profundidad, su lucidez y su intensa carga espiritual, tiene mucho que decir no solo a quienes se encuentran en Tierra Santa, sino a cualquiera que desee reconocer y «estar dentro» de las tensiones,

---

[18] P. PIZZABALLA, *«Regresaron a Jerusalén con gran alegría». Una propuesta para vivir la vocación de la Iglesia en Tierra,* 25 abril 2026. Disponible en: https://www.lpj.org/it/news/letter-to-the-diocese

[19] Cfr. *GS,* n. 10.

las luchas y las contradicciones que atraviesan nuestro tiempo, y vivirlas de manera cristiana.

El cardenal Pizzaballa propone a los cristianos que se detengan en las poderosas imágenes de la Escritura que esbozan la identidad profunda de Jerusalén —y, por consiguiente, la identidad y la misión de la Iglesia— contenidas en la visión de Juan sobre la Jerusalén celestial, descrita en los dos últimos capítulos del Apocalipsis. Nos detendremos un momento en dos de estas imágenes.

3.2.1. La luz del Cordero

En la Jerusalén celestial no hay un templo. Hay una luz, la del Cordero (cf. Ap 21, 22 y ss.).

> *La presencia de Dios en la ciudad no es pesada, ni voluminosa, ni se impone. Dios está presente como una lámpara que ilumina. Está presente como Aquel que ofrece la posibilidad de tener una perspectiva diferente y, por tanto, una nueva forma de vivir; ilumina las relaciones, la vida, todas las cosas.*
> *Si la lámpara es el Cordero, significa que es una luz «pascual»: es la luz de Aquel que ha entregado su vida por amor, de forma gratuita e incondicional. La Pascua inaugura una nueva forma de ver la realidad. Es la experiencia pascual la que permite ver la vida incluso allí donde nuestros ojos carnales solo ven muerte, derrota o devastación.*
> *Este pasaje del Apocalipsis nos hace dar un paso más allá del criterio de la posesión, de los espacios asfixiantes, de las fronteras cerradas y de la propiedad idolatrada […]. La luz no se posee: se acoge y se difunde. De este modo, se convierte en el criterio con el que interpretar la realidad y orientar nuestras decisiones. ¿Con qué ojos, con qué ánimo miramos a los demás, sobre todo a aquellos que no son «de los nuestros»? ¿Con confianza o con miedo o, peor aún, con desprecio?*
> *Allenare i propri occhi a questa luce – che è la vita – diventa il primo compito di chi desidera appartenere a questa città. Significa riconoscere ogni persona – il povero, lo straniero, e persino il nemico – come creatura fatta a immagine e somiglianza di Dio, guardare a loro come si guarda a Dio. È lo stesso stile dell'Agnello che illumina la città: un'autorità che si esprime nel dono di sé e che trasforma il potere in servizio, non in possesso e dominio.*[20]

3.2.2. El río de agua viva y el árbol de la vida

Una segunda imagen, cargada de un denso simbolismo, revela la vocación terapéutica de Jerusalén. Del trono de Dios y del Cordero brota un río de agua viva, claro como el cristal. En medio de la plaza de la ciudad, y a orillas del río, crece un árbol de la vida que da fruto cada mes y cuyas hojas sirven para sanar

[20] P. PIZZABALLA, *«Regresaron a Jerusalén con gran alegría». Una propuesta para vivir la vocación de la Iglesia en Tierra,* 25 abril 2026*. Segunda parte, 4.* Disponible en: https://www.lpj.org/it/news/letter-to-the-diocese

a las naciones (cf. Ap 22, 1-2).

> *Esta es la tarea última y sublime de Jerusalén. […]*
> *La misión de Jerusalén no se agota dentro de sus murallas, no queda encerrada tras sus puertas. La fuente de agua viva que brota del corazón del Cordero riega el mundo entero. Jerusalén es una ciudad «en salida», llamada a dar fruto para la humanidad. Lo que ha recibido de lo Alto debe compartirlo con todos. Tiene una misión específica, que le es propia, la de «sanar a las naciones». ¿Sanarlas de qué? El texto no lo dice, porque no se refiere a una herida concreta, sino a la raíz misma de la vida herida. Sin embargo, dice que lo que sana es su carácter vivo, su participación en la vida de Dios. […]*
> *La Tierra Santa, y la pequeña y vulnerable comunidad cristiana que la habita, tiene mucho que compartir. No posee poder militar ni económico, pero se nutre del Cordero de la mansedumbre de quienes, según la bienaventuranza evangélica, heredarán la tierra. Tiene la fuerza del amor que se da, la única fuerza que el mal no puede vencer.*
>
> *Redimir las consecuencias del conflicto —el odio, el miedo, la «memoria tóxica»— es la tarea específica y sublime de la Iglesia de Jerusalén para el mundo entero. Sus raíces se hunden en la geografía de la salvación, pero su mirada es universal: ser para el mundo no una utopía, sino la semilla de una ciudad real, la ciudad situada sobre el monte (cf. Mt 5,14), que irradia la luz de Cristo a todas las naciones, donde los hombres aprenden el arte del perdón, la fuerza de la igualdad y la alegría del servicio. Es, sobre todo, el valor del perdón la medicina más potente, capaz de traer sanación, y es también el testimonio más auténtico que nuestra comunidad puede ofrecer a los pueblos de esta Tierra.*
>
> *No se trata de tender un puente entre dos partes en conflicto, como si los cristianos estuvieran llamados a mediar desde fuera. Ese no es su papel. Los cristianos de Tierra Santa no son un tercero incómodo, ni un amortiguador neutral entre israelíes y palestinos, ni un grupo separado de sus hermanos no cristianos. Son, más bien, sal, luz y levadura en el seno de las sociedades a las que pertenecen de pleno derecho. En su mayoría ciudadanos palestinos o jordanos, árabes cristianos, pero también chipriotas e israelíes, comparten la historia, la lengua, las heridas y las aspiraciones de sus pueblos. No están llamados a encerrarse en un enclave protegido, ni a huir, sino a vivir hasta el fondo su vocación: permanecer en la sociedad, compartiendo su destino, para fermentarla desde dentro con una visión del hombre —y de la vida social— arraigada en el Evangelio.*
>
> *No ofrecen al mundo una utopía abstracta, sino la semilla —frágil, concreta, a veces casi invisible— de una ciudad posible. Una ciudad que surge desde abajo, en la masa de la vida cotidiana compartida con sus conciudadanos musulmanes y judíos, y que muestra cómo la convivencia, el perdón y la reconciliación son posibles. Para todos.*

Podemos preguntarnos:

¿Qué se mueve en mí al contemplar las imágenes que propone la Carta?
¿A través de qué lentes, paradigmas y esquemas interiores leo e interpreto la realidad en la que vivo?
¿Cuál es la luz que ilumina mi ser en el mundo?
¿Qué «ríos» brotan de mí, de nosotros, qué energías, pensamientos, sentimientos, palabras, acciones, movimientos?
¿Qué crece en la «plaza» de mi corazón? ¿Qué riegan y alimentan las fuerzas que fluyen en mí?
¿Encuentro en estas imágenes algo concreto que interpela a mi vocación de consagrado/a secular?

4. Corazón y antena

En el mensaje dirigido a la Conferencia Italiana de Institutos Seculares, el 23 de octubre de 2017, el Papa Francisco se expresaba así:

> *Vuestra vocación y misión consisten en estar atentos, por un lado, a la realidad que os rodea, preguntándoos siempre: «¿qué está pasando?», sin limitaros a lo que se ve en la superficie, sino yendo más allá; y, al mismo tiempo, al misterio de Dios, para reconocer dónde se está manifestando. Estar atentos al mundo con el corazón inmerso en Dios*.[21]

En la carta dirigida a la presidenta de la Conferencia Mundial de Institutos Seculares, el 2 de febrero de 2022, el Papa Francisco invitaba a los consagrados y consagradas seculares a ser *«antenas receptivas, que transmiten mensajes»*,[22] «dispuestas a captar los gérmenes de novedad suscitados por el Espíritu Santo»,[23] utilizando una imagen que ya había propuesto en un discurso anterior.

Atentos al mundo, con el corazón sumergido en Dios. Antenas receptivas, que captan los gérmenes de novedad suscitados por el Espíritu y que transmiten mensajes. Son imágenes que hablan de arraigo y de amplitud, de profundidad y de apertura, de firmeza y de sensibilidad, de memoria y de profecía.

Dejémonos inspirar por la luz cálida y amable de dos personajes que pueden ayudarnos a profundizar en estas reflexiones del papa Francisco. Dos personajes que tanto el papa Francisco como el papa León XIV han señalado a la atención de nosotros, consagrados y consagradas, con motivo de la

---

[21] FRANCISCO. Mensaje a los miembros de la Conferencia italiana de los institutos seculares. Vaticano 23 de octubre de 2017.
[22] FRANCESCO, *Carta a Jolanta Szpilarewicz, Presidente della CMIS con ocasión del 75º aniversario de la Constitución Apostólica Provida Mater Ecclesia*, Roma 2 de febrero de 2022.
[23] FRANCISCO. Audiencia a los participantes en el encuentro con la Conferencia italiana de los institutos seculares. Vaticano 10 de mayo de 2014.

celebración de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada: Simeón y Ana.

> *Cuando se cumplieron los días de su purificación ritual, según la ley de Moisés, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor —como está escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor»— y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, tal y como prescribe la ley del Señor. Ahora bien, en Jerusalén había un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él. El Espíritu Santo le había revelado que no vería la muerte sin haber visto antes al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu, se dirigió al templo y, mientras los padres llevaban allí al niño Jesús para cumplir con lo que la Ley prescribía a su respecto, él también lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo:*
>
> *«Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo*
> *se vaya en paz, según tu palabra,*
> *porque mis ojos han visto tu salvación,*
> *preparada por ti ante todos los pueblos:*
> *luz para revelarte a las naciones*
> *y gloria de tu pueblo, Israel».*
>
> *El padre y la madre de Jesús se maravillaban de lo que se decía de él. Simeón los bendijo y a María, su madre, le dijo: «He aquí, él está aquí para la caída y la resurrección de muchos en Israel y como signo de contradicción —y también a ti una espada te traspasará el alma—, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones».*
>
> *Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era muy avanzada en edad; había vivido con su marido siete años tras su matrimonio, luego había quedado viuda y ahora tenía ochenta y cuatro años. Nunca se alejaba del templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones. Al llegar en ese momento, también ella se puso a alabar a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.*
> *(Lc 2,22-38)*

Simeón y Ana nos introducen en la dimensión de la profecía. El profeta, en la Biblia,

> *Es, por excelencia, un mensajero de Dios, trascendente y personal. […] Los términos con los que se denomina al profeta son múltiples. Se le llama 315 veces nabî', probablemente «llamado», movido, por tanto, por una irrupción divina en su vida, como recuerda uno de ellos, Amós (siglo VIII a. C.): «No era profeta ni hijo de profetas; era pastor y recolector de sicómoros. El Señor me tomó de entre el ganado y me dijo: ¡Ve y profetiza a mi pueblo Israel!» (7,14-15). Otra definición es la de «hombre de Dios», repetida 76 veces, sobre todo en referencia a Elías y Eliseo, los primeros profetas en sentido estricto, de quienes no han llegado hasta nosotros sus escritos, sino solo relatos biográficos salpicados de «anécdotas», recogidos en los Libros de*

los Reyes. Existe, además, el término hôzeh, «visionario» (16 veces), al que se puede asimilar ro'eh, «vidente» (11 veces): aquí se destaca más la dotación de una visión trascendente que revela en su interior un mensaje divino. Pero la antigua versión griega de la Biblia, conocida como los Setenta, y el Nuevo Testamento han adoptado el término griego profètes, que contiene el verbo femí, «hablar», y la preposición pró, que remite a tres significados útiles para definir la misión profética: «en lugar de, delante de, antes de». El primer significado es decisivo: el profeta habla «en nombre de Dios», es su portavoz ante los hombres. Precisamente por esta función, el profeta es un hombre del presente y no tanto el adivino de un futuro desconocido; está inmerso en la historia, en la sociedad, en los dramas de su tiempo.[24]

Simeón y Ana: dos personajes proféticos que aparecen como destellos de luz en el Evangelio de Lucas, en el episodio de la presentación de Jesús en el templo, para desaparecer inmediatamente después. La escena del Evangelio se caracteriza por varios movimientos. Está el movimiento de la espera, que en Simeón expresa la vigilancia y la atención amorosa al Espíritu. El Espíritu lo toca, lo habita, lo mueve. Mueve su cuerpo, su mente, su corazón, sus sentidos externos e internos, abiertos, muy activos, agudizados por el deseo amoroso. Simeón es una antena viviente, sumamente sensible. El papa Francisco, en una de sus catequesis sobre la figura de Simeón, decía:

Aprendemos que la fidelidad de la espera agudiza los sentidos. Por lo demás, lo sabemos, el Espíritu Santo hace precisamente esto: ilumina los sentidos. En el antiguo himno Veni Creator Spiritus, con el que invocamos aún hoy al Espíritu Santo, decimos: «Accende lumen sensibus», enciende una luz para los sentidos, ilumina nuestros sentidos. El Espíritu es capaz de hacer esto: agudiza los sentidos del alma.[25]

El Espíritu Santo —son de nuevo palabras del Santo Padre— es el protagonista de la escena: es Él quien enciende en el corazón de Simeón el deseo de Dios, es Él quien reaviva en su alma la espera, es Él quien impulsa sus pasos hacia el templo y hace que sus ojos sean capaces de reconocer al Mesías, aunque se presente como un niño pequeño y pobre. Esto es lo que hace el Espíritu Santo: nos hace capaces de percibir la presencia de Dios y su obra no en las grandes cosas, en la apariencia exterior, en las demostraciones de fuerza, sino en la pequeñez y en la fragilidad. Pensemos en la cruz: también allí hay pequeñez, fragilidad, incluso dramatismo. Pero allí está la fuerza de Dios. (…)

¿Qué ven nuestros ojos? Simeón, movido por el Espíritu, ve y reconoce a Cristo. Y ora diciendo: «Mis ojos han visto tu salvación» (v. 30). He aquí el

[24] G. RAVASI. NABÌ: Profeta, Roma https://www.famigliacristiana.it/riflessioni/ravasi/nabi-profeta-yem1vrrx 26 de agosto de 2011.
[25] FRANCISCO. Audiencia General. Aula Pablo VI. Roma 30 de marzo de 2022.

> *gran milagro de la fe: abre los ojos, transforma la mirada, cambia la perspectiva. Como sabemos por tantos encuentros de Jesús en los Evangelios, la fe nace de la mirada compasiva con la que Dios nos mira, derritiendo las durezas de nuestro corazón, sanando sus heridas, dándonos ojos nuevos para vernos a nosotros mismos y al mundo. Ojos nuevos sobre nosotros mismos, sobre los demás, sobre todas las situaciones que vivimos, incluso las más dolorosas. No se trata de una mirada ingenua, no, es una mirada sabia; la mirada ingenua huye de la realidad o finge no ver los problemas; se trata, en cambio, de ojos que saben «ver en el interior» y «ver más allá»; que no se detienen en las apariencias, sino que saben adentrarse incluso en las grietas de la fragilidad y los fracasos para vislumbrar en ellas la presencia de Dios. Los ojos ancianos de Simeón, aunque cansados por los años, ven al Señor, ven la salvación.*[26]

Ana es una mujer, viuda, anciana: una figura frágil, sin poder ni grandeza. Se la define como profetisa. La profecía pasa a través de la fragilidad de esta criatura, que deja transparecer a Dios. Ana nos recuerda a otras mujeres de la Biblia, como Isabel y como Noemí: mujeres frágiles, ancianas, investidas y transformadas por una Fuerza que viene de lo Alto.

Nunca se alejaba del templo: Ana permanece en la casa de Dios, ahí tiene sus raíces. Habita el templo, habita donde habita Dios. Ana es una mujer con el corazón sumergido en Dios, y desde esta perspectiva contempla la realidad, la lee y la interpreta.

Sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones: Ana ayuna. Ayuna de todo lo que no es Dios y que no es de Dios. Ana, la profetisa, se nutre de Dios. Ana se mueve y vive en Dios y, en el espacio amoroso de esta relación, tan íntima y vital, es iniciada a leer la realidad con la mirada de Dios, descubriendo en frágiles signos la Redención, la Vida, la Salvación. Y no solo eso. Precisamente porque está arraigada en Dios, precisamente porque su corazón está sumergido en Él, en Su Amor, Ana se convierte, ella misma, en signo de Dios, en transparencia de Él. Libre de todo lo que no es de Dios, la esbelta figura de Ana se convierte en alabanza, anuncio y profecía de Su Amor: «… ella también se puso a alabar a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén».

Podemos preguntarnos:
¿Qué se mueve en mí al contemplar el cuadro bíblico de Simeón y Ana?
¿Qué me sugiere?

5. Dos campos

El papa Benedicto XVI reconocía que el carácter secular de vuestra consagración se desarrolla a través de la

[26] FRANCISCO. Homilía en la Misa de la Fiesta de la Presentación del Señor. XXVI Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Basílica de San Pedro, 2 de febrero de 2022.

> *profunda relación con los signos de los tiempos que estáis llamados a discernir, tanto a nivel personal como comunitario, a la luz del Evangelio. En repetidas ocasiones se ha señalado con autoridad que precisamente en este discernimiento reside vuestro carisma, para que podáis ser un laboratorio de diálogo con el mundo, ese «laboratorio experimental en el que la Iglesia verifica las modalidades concretas de sus relaciones con el mundo» (Pablo VI, Discurso a los responsables generales de los Institutos Seculares: Enseñanzas, XIV, 1976, p. 676). De ahí deriva precisamente la persistente actualidad de vuestro carisma, pues* ***este discernimiento no debe tener lugar desde fuera de la realidad, sino desde dentro, a través de una plena implicación****.*[27]

A la luz de la reflexión que aquí estamos realizando, podemos interpretar la vocación de los consagrados y consagradas seglares precisamente desde la perspectiva del discernimiento desde dentro de los movimientos que atraviesan la historia, de las narrativas, de los paradigmas, modelos y arquetipos profundos que sustentan las estructuras y las dinámicas de las personas, de las relaciones, de los grupos, de las sociedades. Personas con el corazón inmerso en Dios y con «antenas» afinadas y sensibles a los movimientos que se desarrollan en el presente de la humanidad, los consagrados seglares captan y distinguen la voz, el susurro, la brisa del Espíritu de Dios, que es Amor, de las voces y las fuerzas que no provienen del Amor y que mortifican la vida. Como «levadura de sabiduría»[28] que humildemente e incansablemente contribuye a que el Reino fermente en la historia, perciben, disciernen, eligen, viven, señalan y acompañan el flujo del Amor en su propia existencia y en la de los demás, en los acontecimientos pequeños y grandes.

La encíclica Laudato si' del papa Francisco señalaba dos paradigmas y, a partir de ellos, dos caminos humanos y espirituales que caracterizan nuestro tiempo: el modelo tecnocrático y la ecología integral. El paradigma tecnocrático

> *destaca una concepción del sujeto que, progresivamente, en el proceso lógico-racional, comprende y, de ese modo, posee el objeto que se encuentra en el exterior. Dicho sujeto se manifiesta al establecer el método científico con su experimentación, que ya es explícitamente una técnica de posesión, dominio y transformación. Es como si el sujeto se encontrara ante una realidad informe totalmente disponible para su manipulación*.[29]

En este modelo, hoy dominante, los movimientos que más se aprecian son los de poseer, agarrar, dominar, manipular, extraer, exprimir, explotar, consumir, descartar. Se trata de una lógica que impregna la economía, la política, pero también la relación del ser humano con la creación, con los demás seres humanos, consigo mismo y con

---

[27] BENEDICTO XVI. Discurso a los participantes de la CMIS, Vaticano 3 de febrero de 2007. En negrita, añadido nuestro.
[28] SAN JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica post-sinodal *Vita Consecrata*. Roma 25 de marzo de 1996, n 10.
[29] FRANCISCO. Encíclica *Laudato Sì*. Roma 24 de mayo de 2015, n 106 (en adelante LS).

Dios.

El modelo de la ecología integral, como paradigma conceptual y como camino espiritual,[30] encuentra su representación viva y vibrante en San Francisco de Asís, «el ejemplo por antonomasia del cuidado de lo débil y de una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad».[31] Los movimientos que la caracterizan son los de la reciprocidad, la convivencia, la comunión, el cuidado, la sana humildad, una feliz sobriedad, la contemplación, la gratitud, la sencillez, el don dado y recibido, y el servicio. El enfoque de la ecología integral incluye una mirada contemplativa, capaz de
percibir que todo está en relación, que todo está conectado; la realidad es un misterio que no se puede dominar: «el mundo es algo más que un problema que hay que resolver, es un misterio gozoso que contemplamos con alegría y alabanza».[32] Desde esta perspectiva,

> *las criaturas de este mundo no pueden considerarse un bien sin dueño: «Son tuyas, Señor, amante de la vida» (Sab 11,26). Esto nos lleva a la convicción de que, al haber sido creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y formamos una especie de familia universal, una comunión sublime que nos impulsa a un respeto sagrado, amoroso y humilde.*[33]

El papa León XIV, en la Magnifica humanitas, identifica dos lógicas opuestas que caracterizan nuestra época, evocándolas con imágenes bíblicas:

> *por un lado, la tentación de construir la torre de Babel, confiando en el poder y en el orgullo; por otro, la paciencia de reconstruir Jerusalén, como en tiempos de Nehemías, «pieza a pieza», velando por lo humano y el bien común. Si observamos las dinámicas mundiales, reconocemos cada vez con mayor claridad la expansión de una cultura del poder, caracterizada por polarizaciones y violencia.*[34]

Por otra parte, el Santo Padre señala que

> *incluso en las noches más oscuras, el Señor suscita a hombres y mujeres capaces de no resignarse y de perseverar en el bien: personas que protegen a los más vulnerables y abren caminos hacia la reconciliación. El recuerdo de los santos y los justos, de los artífices de la paz a menudo olvidados, muestra que la gracia no elimina el conflicto con un gesto mágico, sino que genera una resistencia activa ante el mal y una creatividad sorprendente en el bien. Los cristianos ven las tinieblas y las*

---

[30] Cfr. G. COSTA – P. FOGLIZZO, «L'ecologia integrale», in: Aggiornamenti Sociali, agosto-settembre 2015, pp. 541-548.
[31] LS, n. 10.
[32] LS, n. 12.
[33] LS, n. 89.
[34] MH, nn. 184-185.

> *llaman por su nombre, pero no se quedan quietos contemplándolas: conocen la luz y saben que las tinieblas no la han acogido y no pueden vencerla (cf. Jn 1,5). Por eso, sirven al bien incluso allí donde parece que el dolor tiene la última palabra, sostenidos por una esperanza teologal que da a la realidad un horizonte y una dirección*.[35]

La Magnifica Humanitas, retomando los dos paradigmas, propone de nuevo principios y criterios evangélicos para «reconocer lo que humaniza o deshumaniza, lo que libera u oprime, en situaciones siempre nuevas»[36], para discernir cuándo el desarrollo es humano e integral y cuándo no lo es, identificando precisamente en la ecología integral un criterio decisivo para verificar un auténtico desarrollo humano integral.[37] El papa León XIV, al comparar las dos lógicas opuestas evocadas por las imágenes bíblicas, describe como una Babel moderna «la expansión de una cultura del poder, hecha de polarizaciones y violencias» y, por otro lado, una

> *gran parte de la humanidad que intenta seguir siendo humana y esforzarse por construir la ciudad de la convivencia y la paz. De ella, todos somos a menudo artífices inconscientes y arquitectos desunidos, capaces de gestos generosos pero carentes de una visión de conjunto: es una construcción más lenta, menos visible y menos llamativa, que espera ser mejor comprendida y más coordinada, para convertirse así en el compromiso consciente y articulado de cada comunidad, desde la familia hasta el gobierno de los Estados y sus relaciones. Es a este horizonte de compromiso, a esta obra de esperanza, a lo que damos el nombre de «civilización del amor».*[38]

El paradigma tecnocrático y la ecología integral evocados por el papa Francisco como dos lógicas opuestas; la construcción de la torre de Babel y la reconstrucción de las murallas de Jerusalén, la cultura del poder y la civilización del amor mencionadas por el papa León XIV como dos dinámicas que recorren la historia; las imágenes de Babilonia, ciudad «sin cielo y, por tanto, sin Dios — encerrada en un horizonte puramente humano y terrenal, y por ello destinada a la ruina»,[39] y Jerusalén, ciudad del «Cielo nuevo», ciudad habitada por Dios, ciudad de puertas abiertas,[40] propuestas por el cardenal Pizzaballa en su reflexión sobre Tierra Santa y sobre las dinámicas que la habitan.

Son imágenes, modelos y narraciones que señalan criterios para discernir entre movimientos animados por el Amor y movimientos animados por la falta de amor.

---

[35] MH, n. 211.
[36] MH, n. 36.
[37] Cfr. MH, n. 84.
[38] MH, n. 185.
[39] P. PIZZABALLA, *«Regresaron a Jerusalén con gran alegría». Una propuesta para vivir la vocación de la Iglesia en Tierra,* 25 abril 2026. *Segunda parte.* Disponible en: https://www.lpj.org/it/news/letter-to-the-diocese
[40] Cfr. Ibídem.

Entre la voz del Espíritu de Dios y la voz de otros espíritus; entre lo que humaniza y lo que deshumaniza. Entre lo que da vida y libera y lo que da muerte y encadena. Entre fuerzas violentas e insidiosas que oprimen, dominan, esclavizan y pretenden eliminar la fragilidad de nuestra existencia, y energías apacibles y buenas que elevan, sanan, curan, llegan como bálsamo vivificante a nuestras heridas, acarician con ternura nuestras fragilidades, abrazan con respeto y compasión nuestra débil carne y, desde dentro, la regeneran.

En este punto de nuestra reflexión, me viene espontáneamente a la mente un pasaje clave del recorrido de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Ignacio, en la etapa de la «segunda semana», presenta el ejercicio de las dos banderas. Se trata de un ejercicio típicamente ignaciano, caracterizado por la dinámica de evaluar, discernir, examinar, elegir, reconociendo, por un lado, los engaños del enemigo y, por otro, la vida verdadera que Cristo nos señala. Este ejercicio constituye una piedra angular, una visión de la realidad que se convierte en matriz pedagógica y espiritual del camino del participante en el proceso de reordenar todo su ser en Cristo, como respuesta agradecida al Amor sentido, acogido y abrazado. Se propone precisamente la imagen de dos ciudades: Babilonia y Jerusalén, de los dos «bandos» respectivos, de las dos banderas, expresiones de dos lógicas opuestas: la del enemigo y la de Cristo. Al imaginar las características de las dos banderas y considerar las acciones, las palabras y las dinámicas de los dos «líderes», se acompaña a la persona a «descender» al campo de su propia vida —a sus propias dinámicas, lógicas, esquemas interpretativos, paradigmas, etc.— —y a considerar las fuerzas que la mueven, discerniendo lo que pertenece a la lógica y a la dinámica del enemigo —a menudo oculta bajo apariencias de bien— de lo que pertenece a la dinámica del Reino, y pidiendo la gracia de ser acogida bajo la bandera de Cristo, en un movimiento de carácter totalmente pascual, que se distingue por los rasgos de pobreza, abajamiento y humildad.[41]

En las imágenes y modelos identificados en Laudato si' y en Magnifica humanitas se puede encontrar el eco actual de lo que Ignacio presenta, a través del lenguaje y las categorías típicas de su época y de su cultura, y redescubrir en el presente la llamada, el desafío y la urgencia evangélica de un discernimiento serio y profundo de las dinámicas, las lógicas, los modelos y los paradigmas que animan y estructuran desde dentro la vida personal y social.

6. Conclusión

Vivir en el interior. Vivir en Dios, inmersos en Él, totalmente abiertos a su Espíritu. Vivir en nuestro interior, escuchando y reconociendo los movimientos de nuestro corazón, las voces que lleguen a él, para alimentarnos de todo lo que es Amor y ayunar de lo que no lo es. Vivir en el mundo, hasta llegar a sus raíces, como

[41] Cf. IGNACIO DE LOYOLA, Ejercicios Espirituales, [136] - [148].

antenas extremadamente sensibles y refinadas que rastrean las dinámicas, los paradigmas y las lógicas que recorren la historia, grande o pequeña, las disciernen, las nombran, las abrazan o las rechazan teniendo como criterio el Evangelio. Vivir en su interior es «salir al campo de batalla», entrar de lleno en la lucha vital que recorre el universo, en esta dinámica de trabajo de parto y nacimiento, en este misterio pascual. Es hacer de ello una memoria viva. Es participar aquí y ahora, en la propia carne, de lo que el corazón del mundo está viviendo. Es vivir en uno mismo la Pascua del Cordero, es convertirnos con Él y en Él en humildes y humanísimos canales de unión entre el Cielo y la Tierra. Es entrar en la lucha renunciando a dejarnos reclutar por la violencia, permaneciendo firmes, anclados en la fuerza desarmada y mansa del Amor. Es dejar que fluya en nosotros el remedio beneficioso y rojo que sana el mundo: el perdón. Es convertirnos en personas-remedio, frágiles hojas del árbol de la vida, silenciosas y discretas, que, molidas y transformadas en bálsamo, ungüento, alimento y bebida, sanan a las naciones (cf. Ap 22, 1-2), penetrando hasta las raíces de la vida herida, dejándose llevar por la corriente del amor divino, que desciende hasta el punto más frágil de la historia humana y la regenera desde lo más profundo.[42]

Que nos sostenga a vosotros y a nosotros la Madre de Dios y nuestra, Aquella que acogió en su seno la Vida, aquella que en el Magnificat leyó la historia desde lo más profundo del misterio de Dios y nos acompaña a vivir en su interior sin miedo, desarmados y confiados, en humilde y gozoso abandono al Hijo, el Señor, que hoy, precisamente aquí, ahora, hace nuevas todas las cosas.

Hna. Simona Brambilla, MC
Madrid, 19 de agosto de 2026

[42] Véase MH, n.º 232.